

En directo

Ópera Tras su estreno en Madrid, llega al Liceu 'Yo, Dalí', una aproximación al pintor ampurdanés firmada por el compositor Xavier Benguerel y con texto de Jaime Salom. Con vocación internacional

Dalí, una vida operística

JAUME RADICALS

El último número de la nueva etapa de la *Revista Musical Catalana* incluye un artículo del crítico Xavier Cester (*L'òpera continua viva*) en el que se constata la dificultad para que las óperas de nueva creación se representen más allá del núcleo que las genera. Dicho de otra manera, que una ópera estrenada en Barcelona es difícil que se vea en Londres, Viena o Milán o, aún más, que entre a formar parte del repertorio habitual de los teatros de todo el mundo a lo largo de décadas sucesivas.

Curiosamente, este año el Liceu ha programado *Le Grand Macabre* de Györgi Ligeti, una ópera estrenada en 1978 que disfruta de buena salud (incluso de una segunda versión realizada por el propio compositor) y que se representa con más o menos asiduidad, todo y que, obviamente, mucho menos que un título de Mozart, Verdi, Wagner o Puccini. El porqué del éxito de *Le Grand Macabre* merece una respuesta que en todo caso intentaremos elaborar cuando la ópera llegue a Barcelona. En todo caso, estas consideraciones previas pueden servir para preguntarnos por la pertenencia, la validez o la trascendencia de un título, también programado este año por el Liceu, como es *Yo, Dalí*, ópera en cuatro actos con libreto de Jaime Salom y música de Xavier Benguerel. Estrenada en el Teatro de La Zarzuela de Madrid en junio de este año, se ha impuesto la reposición al teatro de la Rambla de Barcelona con el mismo reparto del estreno madrileño, que contaba con dirección musical de Miquel Ortega y escénica de Xavier Alberti. Con respecto a la trascendencia, poca cosa podemos decir porque no nos gustan las ucronías ni especular con los caprichos de la historia futura. Lo que sí tenemos claro es la pertenencia y validez de la ópera del compositor catalán, visos sus aciertos. Y de aquí la apuesta para que *Yo, Dalí* pueda ser, con el tiempo, una ópera a considerar con vistas a programarla sucesivamente por todas partes. Los motivos son diversos.

Catalanes universals

Vaya por anticipado que no nos mueve ningún tipo de chovinismo a la hora de defender *Yo, Dalí*: un artista vale en función de su capacidad y no en relación a su nacionalidad. Pero Xavier Benguerel es un catalán que ha paseado su obra en circuitos internacionales y es uno



Xavier Benguerel
Yo, Dalí

LICEU
BARCELONA

Libreto: Jaime Salom. Dirección: Miquel Ortega (musical) y Xavier Alberti. 19, 21 y 23 de octubre. www.liceubarcelona.cat

La ópera 'Yo, Dalí' se estrenó el pasado mes de junio en el Teatro La Zarzuela de Madrid
EMILIA GUTIÉRREZ

de los músicos, junto con Soler, Guinjoan o Sardà, más interesantes de su generación, la formada en torno a Cristòfor Taltabull. Eso ya lo hace garante de un corpus sólido y validado por público y crítica.

Benguerel, además, es un hombre que conoce (y bien) la voz humana. Sin embargo, la ópera no ha sido el género que más ha prologado: *Spleen* es una pieza de cámara, modesta a pesar de los aciertos, pero alejada de la complejidad de obras sinfónico-vocales como el *Réquiem* o la glosa operística *El llibr vermell*. En este sentido, *Yo, Da-*

lí es una buena síntesis de lo que Benguerel sabe hacer con la voz tratada como instrumento y, además, lo hace exigiendo a los intérpretes un canto interválico, de grandes dificultades, pero muy bien sustentado por una orquesta que, a pesar de su abundancia instrumental, consigue con el tratamiento camerístico de algunas escenas que la voz nunca quede en segundo término.

Pero, además, el tratamiento vocal de *Yo, Dalí* tiene temple teatral porque sabe basarse en un libreto sintético y sin pretensiones. Y es

que algunos de los problemas de la ópera contemporánea se encuentran en los textos de los libretistas, cargados de buenas intenciones pero también, demasiado a menudo, de un exceso de culteranismo, de querer decir demasiado y de hacerlo con demasiadas palabras. En *Yo, Dalí*, el buen oficio de Jaime Salom consigue un libreto muy lineal, que ayuda a la música a fluir con naturalidad subsidiaria de aquello que el texto reclama. Y el texto se basa, claro está, en un personaje como Salvador Dalí, otro catalán de fama y alcance universales, cosa

que de entrada predispone positivamente. Y parte de eso es lo que hace que una ópera como esta pueda tener éxito en Barcelona (lo tuvo en Madrid) y que pueda exportarse más allá de nuestras fronteras. Puntos no le faltan.

Dalí y la ópera

Salvador Dalí es uno de los artistas más conocidos del siglo XX. Sin embargo, el autor de *El gran masturbador* es una figura demasiado reciente y nada olvidada, incluso al margen del férreo control al que lo somete a todos niveles la Fundación Gala-Dalí. Plataformas virtuales como YouTube hierven de vídeos con la participación del singular artista figuerense, desde performances hasta entrevistas, pasando por películas, reportajes o anuncios televisivos. Dicho de otra manera: Dalí vende.

Pero no es oportunismo lo que ha movido a los autores de *Yo, Dalí*. Incluso la escenografía de Quim Roy al servicio del inteligente montaje de Xavier Albertí prescinde de la iconografía daliniana, tan sólo apuntada al final con un efecto visual que no revelaremos. El interés de esta ópera es explicar en clave de teatro musical la excepcionalidad biográfica y artística de un personaje tan discutido como indiscutible; tan frágil como aparentemente seguro de sí mismo; tan claro en sus opiniones como ambivalente en su comportamiento; tan tradicional como surrealista... En definitiva, tan contradictorio como cualquier ser humano, pero con la hiperbolización a la que Dalí sometió a su persona para hacer un personaje. Nada escapa a Salom y Benguerel a la hora de escribir *Yo, Da-*

No hay en la obra ningún oportunismo, incluso la escenografía prescinde de la iconografía daliniana

lí, un título que convierte al pintor en un personaje de ópera.

De hecho, Dalí nunca mostró un interés específico por la música, si bien se sabe que pintaba acompañado, por ejemplo, de música wagneriana. Por no hablar de aquella extraña e inclasificable *Être Dieu*, ópera-poema sobre un texto de Manuel Vázquez Montalbán y música de Igor Wakhévitch, editada en disco en 1985. Pero Dalí nunca fue un hombre de ópera. Su existencia tuvo componentes dramáticos, cómicos, grotescos y trágicos –incluso patéticos–, alimentados por el personaje creado para el propio artista ampurdanés y su compañera, esposa y musa, Gala. Y es lógico que, después de haber sido objeto de piezas teatrales, películas y relatos de todo tipo, la ópera se fijara en el figuerense más universal. Y que tuvo una existencia realmente operística. |